Construcción social de las juventudes: jóvenes, imaginarios e imaginación

Bernardo Acosta Martínez*

Resumen

Hablar de los jóvenes evoca la idea de un sujeto identificado con la innovación, las redes sociales, los videojuegos, las fiestas intensas, lo actual, entre otros aspectos, en correspondencia con una percepción de la realidad social que es aligerada, globalizada y enfrentada constantemente a la verdad, la información, la imagen y la ficción. El joven contemporáneo transita hacia la frescura, la espontaneidad y la informalidad, lo que coincide con los valores asociados a esta etapa de la vida y con una sobrevaloración del cuerpo. Ser joven, entonces, se instala en el doble imaginario de un cuerpo sano y bello, entendido como ágil, atractivo y a la moda.

Palabras clave: jóvenes, imaginarios, globalización, condición juvenil, creatividad.

Introducción

Juventud[1] es un imaginario vacío de contenido fuera de su contexto histórico y sociocultural. Dado que la condición de ser joven ha experimentado variaciones fundamentales a lo largo del tiempo, no es posible definir las características de

* Estudiante del Doctorado Interinstitucional en Educación (DIE), Universidad Distrital Francisco José de Caldas, énfasis: Lenguaje y Educación. Grupo de investigación: Jóvenes, Culturas y Poderes. Proyecto de tesis: Jóvenes y participación política: visibilización de escenarios anónimos donde convergen y socializan para la resignificación de contextos culturales y sociales contemporáneos.

1 Jóvenes / Juventud: una ideología de la virilidad, de la *virtú* y de la violencia, pasión, ambición. Los "buenos chicos", las "bestias dóciles", irresponsabilidad. "Sé fuerte y calla, no pienses". Unidad social, grupo constituido que posee intereses comunes propios de una edad definida biológicamente. Los que tienen porvenir, los que definen el porvenir (Bourdieu, 1990, p. 1639).

los jóvenes sin considerar lo no juvenil y su campo de interrelaciones. La juventud se configura como una construcción social que distingue a ciertos sujetos a partir de características particulares que los diferencian del resto de la sociedad. No se trata de una definición ingenua, sino de una que destaca, pondera y limita la posibilidad del imaginario "joven" a condiciones asociadas con procesos de estereotipación, modas o tendencias en las representaciones sociales.

En este orden de ideas, la condición juvenil es representada por imaginarios sociales dominantes que definen a los jóvenes, quienes han sido principalmente los encargados de determinar los rasgos de los grupos portadores de esta condición juvenil —clase social, gustos, modas, tendencias, entre otros—. Estas representaciones se construyen en un marco amplio de interacciones sociales, lo que implica que su prevalencia esté inscrita en una disputa generacional. Esta disputa se define a partir de ciertas prácticas sociales propias de la juventud, como pensamientos, sentimientos, formas de expresión, música, redes sociales, entre otras.

Los jóvenes son comprendidos como una generación emergente que encapsula imágenes y acontecimientos capaces de sacudir el mundo mediante campañas, valores, redes, anhelos, marcas y símbolos de alcance global. Estos elementos se expanden a través de diversas vías, como los medios de comunicación, la educación y la producción industrial, entre otros. Beck (2008) señala que los jóvenes están inmersos en un mundo cada vez más influido por tendencias globalizadoras, cuyo enfoque se torna anacrónico, especialmente cuando se trata de entender las situaciones existenciales, orientaciones y formas de actuación de esta generación.

Los jóvenes representan la clave para la reproducción de las costumbres y tradiciones transmitidas a lo largo de generaciones en los ámbitos escolar y social. Esto ocurre en la medida en que ellos asimilan el patrimonio cultural legado por los mayores, con la posibilidad de conservarlo o modificarlo para resignificar y transformar la realidad. Son individuos dotados de la vitalidad necesaria para integrarse en el mundo adulto y, de este modo, mantener el patrimonio de la tradición o impulsar su transformación.

El imaginario juvenil en un contexto social global

Como imaginario social, *lo joven* se asocia con el cuerpo sin arrugas, la moda y el mundo de la tecnología. *Lo joven* trasciende la edad y se convierte en un ideal que obsesiona a los mayores, llevándolos a soñar con la eterna juventud y la vitalidad de la vida. Desde esta perspectiva, se puede considerar que ser joven constituye un imaginario social compuesto por un conjunto de significaciones y estructuras simbólicas en constante creación y recreación. Este imaginario da

sentido a la condición humana, convirtiéndose en un referente para interpretar la realidad y actuar sobre ella.

En los últimos años se han desarrollado estudios relacionados con los jóvenes y las formas en que interactúan en el contexto social. Algunos de estos estudios han reforzado imaginarios que los presentan como *rebeldes sin causa*, *divergentes*, *vándalos* o *violentos* que desestabilizan el orden y la tranquilidad en espacios como el barrio, la vereda o el colegio. Por esta razón, es fundamental visibilizar los escenarios en los que los jóvenes convergen e interactúan, así como las formas en que lo hacen, incluyendo sus campos de acción, encuentros, desencuentros y prácticas sociales. Esto es necesario debido a planteamientos y estudios, desde diversas disciplinas del conocimiento, que siguen observándolos con desconfianza, reproduciendo el imaginario social de la rebeldía, la delincuencia y la intransigencia, basado en su forma de pensar, expresarse y actuar. Así, los jóvenes continúan siendo estigmatizados.

Para contrarrestar la tendencia hacia el imaginario de desconfianza en el que se encuentran los jóvenes, resulta necesario visibilizar los espacios "vitales" y sociales —parches, grupos, colectivos, entre otros— donde convergen y socializan. En estos lugares, los jóvenes, desde su propia condición, se empoderan socialmente y encuentran maneras de resignificar la realidad. Este proceso podría ser impulsado desde la imaginación, entendida como la capacidad de concebir cómo podrían ser las cosas, en este caso, los jóvenes y sus propios espacios de socialización. La imaginación, como acto intencional de la mente, se constituye en una fuente de invención, novedad, generatividad y una capacidad que enriquece el pensamiento racional para crear y recrear (Egan, 1999).

Es necesario considerar a los jóvenes desde una perspectiva global que contemple su actuar local y cotidiano, en el que la Internet se convierte en un referente central para la percepción del mundo de esta generación emergente de jóvenes tecnologizados, como los describe Beck (2008). Esto implica reconocer que, aunque los jóvenes forman parte de una generación global, están también marcados por profundos contrastes y líneas divisorias derivadas de la diversidad de contextos culturales, lo cual promueve polarizaciones significativas. En este sentido, surge una pregunta crucial: ¿cuál es la función de la educación en este proceso de transformación social que avanza a pasos agigantados y sin tregua en la sociedad contemporánea?

A propósito, Beck (2008) plantea interrogantes clave sobre cómo las primeras aproximaciones a las condiciones de globalización cultural, social y económica se traducen en ámbitos de experiencias y expectativas locales, pero también transnacionales, para las generaciones jóvenes. Además, cuestiona si estos procesos están dando lugar a nuevas situaciones de carácter existencial, como otras

aspiraciones, relaciones, riesgos y esperanzas, junto con miedos, valores, conflictos y formas inéditas de protesta entre los jóvenes. Estas reflexiones deberían ser asumidas por la escuela como parte de su misión educativa actual, promoviendo la formación de sujetos libres y con pensamiento crítico, capaces de adaptarse a estas nuevas realidades y, al mismo tiempo, transformarlas, convirtiéndolas en metáforas de vida.

Estas situaciones colocan a los jóvenes en un estado de tensión que puede modificar, al menos parcialmente, su pensamiento, como resultado de su habilidad para agenciar nuevas formas de relación, expresión y educación. En este contexto educativo, emergen tanto vínculos como divisiones en torno a las acciones de los jóvenes dentro de sus grupos, así como las dinámicas internas que en ellos se desarrollan. Estas propuestas tienden a renovar el sentido y la experiencia de estar juntos, promoviendo la transformación de sus condiciones de vida y las relaciones con los demás. Este panorama incluye, además, los modos de agrupación, expresión y educación propios de los jóvenes.

Siguiendo estas líneas, la escuela ya no es únicamente ese espacio físico al que se acudía durante la mayor parte de la infancia, la adolescencia y la juventud como el lugar privilegiado para la formación y adquisición de saberes. En la actualidad, esta concepción ha sido redefinida y resignificada por la incursión de los medios masivos de comunicación, las redes sociales y los dispositivos tecnológicos, los cuales han acortado distancias, replanteado las relaciones interpersonales y sociales, y generado nuevas subjetividades. Esto ha brindado a los jóvenes otras alternativas de relacionarse consigo mismos, con el conocimiento, con los demás y con el universo social en el que están inmersos como individuos sociales.

Esto ocurre particularmente en las generaciones más recientes, que han sido permeadas por estas nuevas formas de agenciamiento social, las cuales han invadido incluso sus espacios más íntimos con información de todo tipo y mensajes contundentes y llamativos transmitidos a través de memes, influenciadores, *youtubers*, entre otros. En este escenario, los jóvenes se han consolidado como los principales consumidores, productores de sentidos y usuarios de las nuevas tecnologías y redes sociales.

La imaginación en los jóvenes

La imaginación, como creadora o como facultad de imaginar, es una condición de posibilidad para percibir y pensar en los jóvenes, dado que entre el mundo físico —en el que, como cuerpos sensibles, están inmersos los jóvenes— y el mundo de las imágenes en la mente no existe ninguna continuidad. Esto se fundamenta en que lo que hace posibles las imágenes es la imaginación; gracias a esta, surgen estímulos que solo se conocen en las representaciones y que se

convierten en objetos percibidos. Estos pasan a formar parte del universo mental, el cual es siempre un universo representado e interpretado (Hernández, 2011).

Desde esta perspectiva, el ciberespacio se presenta como una nueva frontera que simboliza para los jóvenes algo similar a la "libertad" anhelada en la cultura de la vida nocturna. Metafóricamente, así como experimentan una sensación de libertad en la noche, también la perciben en el ciberespacio, el cual surge como un fenómeno emergente de socialización en el mundo contemporáneo, digno de ser investigado. Al respecto, Balardini (2000) señala que el impacto de las nuevas tecnologías sobre la palabra y el lenguaje ha dado lugar a un espacio de interacciones. En este contexto, el ciberespacio posibilita la aparición de múltiples "comunidades virtuales", lo que resalta la importancia de iniciar una reflexión orientada a aquellos aspectos considerados fundamentales para el desarrollo de los jóvenes.

En la sociedad contemporánea, los jóvenes han sido influidos por imaginarios y representaciones colectivas generadas por las nuevas tecnologías de la información y las comunicaciones (NTIC), los medios de comunicación masiva y, de manera más específica, las redes sociales. Estas influencias afectan tanto su esfera privada como sus relaciones sociales, a través de diversas formas discursivas y simbólicas provenientes de los espacios "anónimos" donde convergen y socializan. En estos entornos, lo imaginario y lo simbólico-cultural pueden interpretarse como herramientas de análisis social, más que como referentes identitarios clave para la construcción de la sociedad.

En este sentido, la *imaginación simbólica* asociada a los jóvenes podría actuar como un sistema de fuerzas de cohesión social, destinado a la construcción de nuevos paradigmas y representaciones que permitan comprender tanto el mundo como al propio joven. Esto es posible en la medida en que, como sujetos, los jóvenes otorgan importancia al *imaginario social*, entendido como un elemento instituyente de la realidad social y como una herramienta clave para la creación, resignificación y transformación de dicha realidad.

Por tanto, los jóvenes, desde su condición juvenil, podrían interpretar la realidad y su existencia a través de lo imaginario, de tal manera que este se convierta en un estructurador de su vida en sociedad y en un pretexto para transformar dicha realidad. Algo similar a la *pregnancia simbólica* que define Durand (1968), en la que el mundo refleja el "inmenso poder" del ser humano, para quien todo está cargado de sentido. Para la conciencia, no todo es simplemente presentado; más bien, todo es representado, y el mundo material existe en tanto que pervive el sentido que lo impregna.

Frente a las múltiples circunstancias que implica vivir en un mundo globalizado, afectado por nuevos paradigmas sociales, mitos y sistemas de pensamiento que permean a los jóvenes,

> la imaginación puede crear lo que no existe cuando combina imágenes en la fantasía; pero crea también, y de modo más radical, cuando produce y ofrece un contenido mental a partir de nuestro contacto, como seres sensibles, con el mundo físico, donde las sensaciones pertenecen ya al universo de lo imaginario. (Hernández, 2011, p. 243)

Esta perspectiva abre cuestionamientos sobre el *sentido de sí mismo* en los jóvenes y su capacidad de autodeterminación. Asimismo, genera interrogantes acerca de la valoración de los otros como *alteridad*. Parece, además, que han perdido parte de su creatividad frente a las complejidades que enfrentan diariamente en diversos ámbitos institucionalizados, como la familia, la escuela y la religión.

Al respecto, vale la pena identificar en el *sujeto joven* aquellos elementos constitutivos de esa *etapa* vital, en la que lo imaginario y la creatividad *social* y *cultural* se hacen presentes para la adhesión de los jóvenes al *sistema*; así mismo, para *desmitificar* al sujeto joven como aquel *irreverente*, *rebelde sin causa*, desconectado de la vida real e inmerso en la realidad virtual. También invita a considerar la imaginación y la creatividad en y desde la educación y la pedagogía, pues estas cobran relevancia como hermenéuticas instaurativas de cambio y cohesión social de este grupo etario; ello por cuestiones relacionadas con la participación ciudadana y el empoderamiento de *sí mismo*, en un mundo globalizado, consumista, capitalista y tecnologizado.

La dimensión simbólica de la vida social en los jóvenes

Los jóvenes, en los diversos contextos sociales en los que confluyen y socializan, buscan el reconocimiento y la aceptación como sujetos sociales que interactúan con otros y comunican, desde su pensamiento, todas aquellas cuestiones que se les presentan como desafíos y experiencias en su vida cotidiana[2]. Por ello, ser joven en la sociedad contemporánea puede representar un reto en comparación con generaciones anteriores, dado que hoy en día se experimentan nuevas

2 El sujeto social no puede constituirse sin proyecto de futuro. La utopía, entendida como el planteamiento anticipatorio de aquello que aún no existe socialmente, pero que puede ser construido, es un elemento fundamental que evidencia la existencia del sujeto. Sin la ruptura de la unidimensionalidad, del eterno presente, no existe sujeto. La existencia del sujeto supone "autoreflexividad, imaginación y capacidad de acción deliberativa. El sujeto no está dado, debe hacerse en ciertas condiciones y circunstancias"; el sujeto es creación histórica, señala Castoriadis (citado en Torres, 2006, p. 93).

formas de socialización; en estas, los jóvenes imaginan el mundo de múltiples maneras gracias al contacto con las nuevas tecnologías y las redes sociales.

A propósito, podría pensarse que en los mismos jóvenes se lleva a cabo un proceso de subjetivación, en la medida en que, por sus formas particulares de ser en la sociedad, generan permanentes conflictos, tensiones e interacciones a partir de la idea o imaginación que se tiene del sujeto joven. Desde algunas ideas relacionadas con la subjetividad social, esta incorpora y manifiesta elementos de lo instituido socialmente: "Allí reside el carácter 'magmático' que algunos autores, como Castoriadis, le atribuyen y ciertas distinciones que otros realizan" (Sierra, 2015, p. 121).

Las implicaciones del impacto de las nuevas tecnologías, la Internet y las redes sociales, reflejadas en el surgimiento de un espacio de interacciones conocido como *ciberespacio*, donde emergen múltiples "comunidades virtuales", resaltan la necesidad de iniciar una reflexión sobre los aspectos nodales de los jóvenes. Este espacio les ofrece nuevas alternativas de subjetivación y herramientas para procesar preguntas existenciales fundamentales como: ¿quién soy yo?, ¿qué quiero hacer con mi vida?, ¿qué quiero ser?

Esto lo logran a través de interacciones frecuentes y complejas que se desarrollan mediante la Internet y las nuevas tecnologías de la información y la comunicación (NTIC), como los ambientes virtuales o plataformas, el correo electrónico y las redes sociales: Facebook, Instagram, WhatsApp, TikTok, entre otras. Estas herramientas se transforman en un *espacio psicológico* donde los jóvenes se reconocen, se identifican y se cohesionan, aunque en una modalidad de encuentro distinta a la presencial[3].

En este sentido, se hace alusión al sujeto joven en la sociedad contemporánea y su relación con la educación y la comunicación; en estas parece ser que se está experimentando un desarraigo de los jóvenes de sus raíces identitarias culturales y sociales. Por consiguiente, resulta de interés saber cómo a partir de estas dinámicas de comunicación y bajo qué parámetros y reglas, los jóvenes se comunican con el otro para agenciar su participación en cuestiones culturales o sociales que impliquen su liderazgo y protagonismo.

En lo referente a los jóvenes y su adhesión a grupos sociales o colectividades, este fenómeno puede observarse desde su dimensión social, manifestada a través

3 La juventud es procesada como motivo estético o como fetiche publicitario, y su conversión en mito *mass* mediático contribuye a evaporar la historia acumulada en el cuerpo y en la memoria. La publicidad es uno de los canales privilegiados para la difusión de mensajes que tienen como materia prima, como lenguaje básico, los signos con los que se identifica a la juventud (Margulis y Urresti, 2008, p. 16).

de las relaciones simbólicas —instituidas y vividas— que se generan entre los miembros de los grupos a los que pertenecen, y que les permiten identificarse como parte de ellos. Al explorar la relación del joven con la institución, los grupos, los *parches* y la vida social, se evidencia, como lo plantea Augé (1996), que el otro existe en la medida en que se relaciona con los demás. Esto ocurre a través de imaginarios y representaciones colectivas que facilitan pensar en lo común, en lo idéntico, y cuya filiación está mediada por los símbolos.

La pregunta que surge en este caso es si los jóvenes, en la intimidad de sus *parches*, grupos o colectivos, logran construir memoria e historia para su barrio, vereda, ciudad, localidad o institución escolar. Esto resulta posible únicamente cuando son capaces de rememorar aquellos imaginarios sociales que definen su identidad y los constituyen como un elemento fundamental del ser ciudadano.

Imaginación y creatividad social en los jóvenes

A propósito de la creatividad y la imaginación en los jóvenes, se observa cómo, a lo largo de la historia, han demostrado que el mundo puede ser mirado con otros ojos e imaginado de manera distinta a como las instituciones sociales —la familia, la escuela, la religión, el Estado, entre otras— han construido los ideales de sociedad. En este sentido, emergen con gran protagonismo los movimientos sociales juveniles, los guetos y los grupos surgidos de los imaginarios jóvenes, que encuentran diversas formas de expresión para rechazar la guerra, los paradigmas globales y las estructuras de pensamiento profundamente arraigadas en las conciencias colectivas desde hace siglos[4].

También hacen su aparición múltiples formas de socializar y expresar lo que los jóvenes piensan, a través de las cuales se producen maneras de simbolización de la cultura contemporánea. Entre estas formas de expresión destacan la literatura, el cine, las redes sociales, el grafiti, la música, la moda, el deporte, la patineta, la bicicleta y las diversas tendencias políticas, económicas y culturales. Todas estas manifestaciones pueden interpretarse como una demanda antropológico-cultural para reintroducir la fantasía y el ensueño en una vida cotidiana carente de magia, buscando reencantar la realidad. En este sentido, Egan (1999) plantea que la imaginación se relaciona con el descubrimiento, la invención, la originalidad y el afecto, ya que constituye un pensamiento orientado hacia lo posible, más que hacia lo real.

4 "El sujeto limitado, espacial, corporal, histórico, condicionado, tiene su extrañeza de lo otro. El sujeto compromete su vida a la contingencia, pero imagina la libertad; libertad que es realización ontológica, camino de libertad que se convierte en busca perenne del ser. Deseo primordial que es intencionalidad ontológica: proyecto existencial. Encuentra el sentido de la vida, el plano de la existencia" (Ruiz, 2004, p. 16).

En ese deseo de transformar realidades, en los grupos, parches y colectivos juveniles emergen formas organizativas permeadas tanto por la razón como por las emociones. Estas estructuras son autogestionadas por los jóvenes para actuar en espacios de pertenencia y adscripción identitaria. En dichos espacios, que configuran el territorio juvenil, el grupo de pares opera sobre la base de una comunicación directa y cara a cara,

> constituyéndose en un espacio de confrontación, producción y circulación de saberes que se traducen en acciones, tomando la palabra a su manera y apropiándose de los instrumentos de comunicación, como expresiones que codifican a través de símbolos y lenguajes diversos, la esperanza y el miedo. (Reguillo, 2012, p. 16)

En este orden de ideas, a partir del surgimiento del sujeto joven como protagonista en el universo social, desde sus movimientos culturales, el mundo de los adultos dejó de ser el único mundo válido; fue así, dado que las ideas de los jóvenes, su creatividad e imaginación y las preguntas, e incluso sus valores, lograron captar la atención de algunos sectores sociales —progresistas— que escucharon su voz y sus discursos. Discursos que son expresados a partir de producciones mentales o materializadas en la música urbana, en imágenes visuales (grafitis, dibujos, fotografías) y lingüísticas (metáforas, símbolos, relatos); que forman conjuntos coherentes y dinámicos que conciernen a una función simbólica en el sentido de una articulación de sentidos propios y figurados.

Señala Beck (2008) que los jóvenes están inmersos en un mundo cada vez más marcado por tendencias globalizadoras, cuyo enfoque se vuelve anacrónico, especialmente al intentar comprender a la generación joven en sus situaciones existenciales, orientaciones y formas de actuación. En este contexto, las subjetividades reflejan construcciones simbólicas que proporcionan sentido y motivación para actuar sobre el mundo social, así como sobre los sujetos sociales que expresan dichas construcciones subjetivas. Un ejemplo claro de este fenómeno es el caso de la escuela.

Podría pensarse que, en su carácter alienante, la escuela se constituiría como un dispositivo social coercitivo, más que formativo, destinado a mantener al sujeto joven al margen de una institución que, en esencia, "imparte conocimientos" y, en ocasiones, "saberes". En este sentido, la escuela busca preservar el orden y el control social mediante imaginarios que, históricamente, social y culturalmente, han configurado esta construcción social como un espacio de encuentros y desencuentros para los jóvenes.

Ahora bien, preguntarse por el papel de la escuela en la sociedad plantea los siguientes interrogantes: ¿es la escuela un dispositivo social destinado a educar,

formar o impartir conocimientos en los jóvenes? ¿La escuela actúa como agente que empodera a los jóvenes? ¿La escuela contribuye a la generación de subjetividades en los jóvenes? Estas preguntas, insertas en los procesos de enseñanza y aprendizaje, podrían abrir posibilidades para la transformación subjetiva[5] de los jóvenes, proceso que requeriría una fuerte dosis de imaginación y pensamiento crítico.

En contraste con lo anterior, el poder del discurso educativo, expresado en frases como "edúquese o estudie para que sea alguien en la vida", funciona como un dispositivo o estrategia para el cambio social en la educación contemporánea. Sin embargo, este enfoque no es visto con buenos ojos por los jóvenes, quienes buscan resignificar los espacios anónimos en los que convergen, dotándolos de sus propios valores, gustos, modas y formas de comunicación, con un lenguaje que les es propio.

A propósito de esto, Posada (citado en Díaz y Sanabria, 2016) plantea que la tarea del educador, quien también es aprendiz, debe ser a la vez placentera y exigente. Esto se debe a que la labor del maestro demanda seriedad, preparación científica, así como preparación física, emocional y afectiva. Es una tarea que requiere, de quien se compromete con ella, un gusto especial por querer bien, no solo a los demás, sino también al propio proceso que dicha labor implica.

En consecuencia, la educación debe constituirse como un universo donde orbiten una multiplicidad de aprendizajes y saberes, destinados a todo aquel que desee *saber más* acerca del mundo en el que habita. No se trata únicamente de una operación meramente intelectual, sino de un proceso profundamente articulado a la práctica y a todas las dimensiones humanas:

> El presupuesto no es tanto conocer o tomar conciencia del mundo para luego transformarlo, sino conocer el mundo desde y en la práctica transformadora, en la cual intervienen deseos, valores, voluntades, emociones, imaginación, intenciones y utopías. (Torres, citado por Díaz y Sanabria, 2016, p. 96)

Así, se podría pensar en la escuela como un lugar de agenciamiento para los jóvenes, entendiendo que es el terreno *privilegiado* socialmente para la formación de las personas. Este contexto, a su vez, posibilita prácticas ciudadanas y participativas, consolidándose como un espacio destinado a la formación en un pensamiento crítico que permita transformar realidades. En este marco, las

5 La subjetividad cumple simultáneamente tres funciones, a saber: cognitiva (como esquema referencial, posibilita la construcción de la realidad), práctica (desde ella los sujetos orientan y elaboran su experiencia) e identitaria (aporta los materiales desde los cuales los individuos y colectivos definen su identidad y sus pertenencias sociales) (Durand, 1968, p. 123).

emociones desempeñan un rol específico dentro de las interacciones argumentativas juveniles. A propósito, Molina (2012) plantea que las emociones cumplen un papel clave en las discusiones críticas de los jóvenes, al proporcionar herramientas fundamentales para manifestar y defender sus propios puntos de vista.

Otra forma de concebir la escuela es la propuesta por Pérez (1998), quien la plantea como un espacio ecológico con identidad, autonomía y reflexividad; un lugar donde los jóvenes puedan experimentar en su vida escolar el dinámico, fluido y complejo cruce de culturas. Este enfoque incluye tanto las propuestas de la cultura crítica, presentes en las diversas disciplinas del conocimiento escolar, como las presiones cotidianas de la cultura institucional. Esta visión rompe con las rutinas propias de los roles, normas y ritos de la escuela como institución social. En este marco, la mediación reflexiva de los influjos plurales que las diferentes culturas ejercen de manera constante sobre las nuevas generaciones puede convertirse en un factor clave para facilitar su desarrollo educativo y su formación integral para la vida.

Conclusiones

Este análisis pone de relieve los imaginarios sociales que configuran al sujeto joven en el ámbito educativo, en el contexto de una era tecnológica globalizante. A partir de esta reflexión, se identifican diversas formas de expresión en los espacios de socialización donde los jóvenes articulan sus ideas, imaginación y creatividad, al tiempo que fortalecen sus relaciones dentro de las estructuras sociales propias de la ciudadanía global. Por consiguiente, es imprescindible visibilizar aquellos espacios de participación, construidos desde imaginarios sociales y simbólicos, que fomentan la reconsideración y resignificación de la educación como una dimensión cohesiva. Esta educación otorga a los jóvenes un liderazgo que los posiciona como actores centrales y determinantes en la sociedad.

Ser joven en el ámbito escolar debe permitir al individuo experimentar la vida a su manera, desbordarse en creatividad, ser original y reflejar aquello que busca y desea, basado en sus propios estilos, sin prejuicios que lo limiten. Esta forma de afirmación personal no debe convertirse en un obstáculo para relacionarse y comprender a los demás, aunque no siempre se logren identificar todas las características que los hacen diferentes. Es desde este reconocimiento de la diversidad que se posibilitan nuevas formas de convivencia y aprendizaje, esenciales para transformar la sociedad.

Se debe realizar una lectura social de la realidad del sujeto joven, considerando los imaginarios sociales que se construyen en torno a ellos y los espacios que frecuentan, como grupos, parches y colectivos. Estas dinámicas emergen en su interacción con la ciudad, las comunidades barriales, el entorno escolar y las

redes sociales. En estos escenarios, los jóvenes interpretan el mundo a su manera y lo resignifican, incluso desde sus propias condiciones sociales y culturales.

Es necesario que se generen ambientes de aprendizaje que posibiliten a los jóvenes interactuar creativamente en beneficio de la sociedad, en y desde los diferentes contextos que frecuentan[6], de tal manera que apropien esos lugares y los resignifiquen, creando estrategias propias. También, desde el campo de la educación, plantear otras mediaciones para la formación —enseñanza y aprendizaje—. Adicionalmente, despertar en la comunidad, el barrio, la vereda, la ciudad, etc., y en los jóvenes, inquietud acerca de la identidad y el compromiso ciudadano de quienes son considerados por los adultos el presente y el futuro del país.

En la medida en que los jóvenes adquieren el patrimonio cultural de los adultos y logran conservarlo o modificarlo para resignificar y transformar la realidad, se constituyen en individuos con la vitalidad necesaria para integrarse en el mundo adulto y, así, sostener el patrimonio de la tradición o posibilitar su cambio. En este sentido, parafraseando a Brito (2008), la educación aboga por la confluencia entre los espacios simbólicos, la vivencia, la experiencia y los aprendizajes de la cotidianidad, así como por las potencialidades de cada sujeto participante en los diferentes compromisos que asume en la sociedad, en este caso, los jóvenes y sus diversas formas de ser en un mundo globalizado.

Referencias

Augé, M. (1996). *El sentido de los otros*. Paidós.

Balardini, S. (Comp.). (2000). *La participación social y política de los jóvenes en el horizonte del nuevo siglo*. CLACSO.

Beck, U. (2008). *Generación global*. Paidós.

Bourdieu, P. (1990). La "juventud" no es más que una palabra. *Sociología y cultura* (pp. 163-173). Editorial Grijalbo.

Brito Lorenzo, Z. (2008). Educación popular, cultura e identidad desde la perspectiva de Paulo Freire. *En M. Godotti, M. V. Gómez, J. Mafra y A. F. de Alencar (Comps.), Paulo Freire. Contribuciones para la pedagogía* (pp. 29-45). CLACSO.

6 Castoriadis plantea que, si se manifestara un nuevo movimiento creativo en la sociedad contemporánea, esa creatividad se manifestaría, en primer lugar, mediante la creación de otras significaciones y otros valores, en forma contraria a una sociedad mediática que vive de la permanente creación de mitos de consumo. En este caso, se trata del funcionamiento del imaginario social. Se trata de significaciones que están destinadas a saturar la demanda de sentido de la gente sin importar la actitud que tengamos nosotros al respecto. Y todo eso pasa en un nivel de creatividad bastante pobre que es, por ejemplo, la creatividad de la publicidad, y todo eso juega un rol de fetiche (Castoriadis, 1997a).

Castoriadis, C. (1997a). El imaginario social instituyente. *Zona Erógena, (35)*, 1-9. [Trad. Luciana Volco].

Castoriadis, C. (1997b). Imaginación, imaginario, reflexión. En C. Castoriadis (Ed.), *Ontología de la creación* (pp. 95-112). Editorial Universitaria de Buenos Aires.

Díaz, W. y Sanabria, Y. (2016). *Pedagogías críticas y emancipatorias. Un homenaje a Paulo Freire*. Universidad Distrital Francisco José de Caldas-Editorial UD.

Durand, G. (1968). *La imaginación simbólica*. Amorrortu.

Egan, K. (1999). *La imaginación en la enseñanza y el aprendizaje*. Amorrortu Editores.

Hernández, C. (2011). *Voluntad, imaginación y apropiación de la palabra* [Tesis de doctorado, Universidad Pedagógica Nacional].

Margulis, M. y Urresti, M. (2008). La construcción social de la condición de juventud. En H. Cubides, M.C Laverde y C. Valderrama (Eds.), *"Viviendo a toda". Jóvenes, territorios culturales y nuevas sensibilidades* (pp. 22-37). Siglo del Hombre Editores.

Molina, M. E. (2012). Estudio de las emociones en la argumentación infantil. *RILL Revista del INSIL, 1*(2-17), 1-11.

Pérez, Á. (1998). *La cultura escolar en la sociedad neoliberal*. Ediciones Morata.

Reguillo, R. (2012). *Culturas juveniles: formas políticas del desencanto*. Siglo XXI Editores.

Ruiz, R. (2004). *Símbolo, mito y hermenéutica*. Editorial Abya Yala.

Sierra, C. (2015). La irrupción del imaginario social, las subjetividades y los sujetos en las ciencias sociales como asunto relevante para la investigación en educación. *Revista Trabajo Social, (17)*, 115-128. https://revistas.unal.edu.co/index.php/tsocial/article/view/54768

Torres, A. (2006). Subjetividad y sujeto. Perspectivas para abordar lo social y lo educativo. *Revista Colombiana de Educación, 50*, 1-10. https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=413635244005